



Cualquier imagen reciente de Libia incluye hombres armados y gente enardecida. Pocos días antes de que la revolución estallara, el autor volvió a su país natal y capturó este retrato distinto: un puente entre sus recuerdos de infancia y el pasado inmediato de todo un pueblo.

# Libia

## *regreso a casa*

**TEXTOS Y FOTOS DE IBN NASR**

**A** COMIENZOS DE ESTE AÑO, POCAS SEMANAS ANTES

de que estallara el levantamiento del pueblo libio contra Muamar Gadafi, regresé a la vieja casa de mi familia en Trípoli.

Era la primera vez que visitaba ese lugar desde que salí de mi país natal rumbo a Inglaterra, aún siendo niño.

La impresión que tuve al ver de nuevo la casa en la que nací, la de mis abuelos y mis tíos, en el vecindario donde pasé los primeros años de mi vida, debe resultar familiar para cualquiera que regresa a un lugar que no ha visto desde la infancia: “No es tan grande como lo recordaba”.



1



2

**TAMBIÉN EL RECUERDO QUE CONSERVABA** de las personas que habían quedado allí era infantil: el tío regañón, la tía cariñosa, los primos juguetones. Una parte de mí esperaba encontrarlos congelados en el tiempo, exactamente como los había dejado al partir.

El día que salí de Libia junto a mis padres y hermanos, tantos años atrás, nuestra gigantesca familia nos acompañó al aeropuerto en un convoy de carros. Recuerdo que mi tía estaba llorando. Siempre la vi como una mujer severa, estricta; por eso la imagen de su llanto angustiado me hizo comprender que algo realmente malo estaba pasando.

Treinta años después, al momento de mi regreso, era esa misma tía quien nos estaba esperando en el aeropuerto. Lucía mucho más vieja, pero conservaba la voz enérgica y el mismo agudo ingenio. Era ese humor seco, ese sarcasmo inteligente, lo que quizá había malinterpretado como dureza durante mi infancia.

Mi tía perdió a su esposo por una enfermedad crónica pero tratable. Una historia frecuente en un país en el que el sistema de salud ha sido abandonado a la desidia, en contraste con la riqueza petrolera. En una familia muy unida y afectuosa como la nuestra, mi tío era el más querido. Su pérdida fue un golpe duro para todos, pero el lugar en el que quedó más profundamente grabada fue en esos severos ojos tristes que nos esperaban al volver a casa.

Mi tío y mi padre eran muy unidos. Cuando mi padre terminó sus estudios en Egipto, a finales de los sesenta, mi tío recorrió todo el camino desde Trípoli hasta Alejandría en un viejo Peugeot verde para buscar a mis padres y mis hermanos mayores. Mi hermano aún conserva vívidos recuerdos del largo recorrido a través de carreteras polvorientas, las noches en casas hospitalarias al lado del camino, las paradas para comprar frutas y verduras en medio de la nada. Años más tarde, cuando el viejo Peugeot dejó de servir, fue abandonado en la finca bajo un árbol. Todavía está ahí, oxidándose en medio de la arena, como un recordatorio agrídulce de tiempos mejores. 1

Mi familia había comprado la finca a unos italianos con los que mantuvimos contacto por un tiempo, hasta que fueron obligados por el régimen a dejar Libia. Recuerdo que íbamos allá con frecuencia. Una oleada de sensaciones me golpea al volver a ese lugar: los sonidos y olores de mi madre y mis tías al cocinar, el despertar con la luz cálida, el aire frío y el silencio pleno de las mañanas en el campo. Al recorrer la finca, ahora como un adulto, descubro tesoros nunca antes vistos pero que siempre estuvieron ahí, como la antigua maquinaria agrícola italiana abandonada por los dueños originales 2 o el tradicional horno de ladrillo en el que las señoras de la familia solían cocinar.

El día del regreso preparamos pollo asado y un plato popular libio: una sopa muy condimentada de macarrones con salsa de tomate, llamada bakbuka. 3

“*La bakbuka, a la que mi mamá solía llamar simplemente “sopa picante de macarrones”, esconde en sus ingredientes y preparación toda la compleja historia neocolonial y la mezcla de influencias beduinas, árabes, turcas e italianas que otorgan a la cultura libia su excepcional sabor*”



3



4



5



6

**AL IGUAL QUE GRAN PARTE DEL MEDIO** Oriente, Libia ha sido víctima de la polarización política de los últimos sesenta años, por la cual judíos, musulmanes y cristianos se han convertido en colectividades simplistas, artificiales, que guardan escasa relación con la intimidad e interdependencia en la que alguna vez vivieron.

Un recorrido a través de las colinas de Yafran, Nalut y Zintan, o un paseo por las calles de la ciudad antigua en Trípoli, dejan entrever las huellas de las comunidades que alguna vez florecieron allí: la gran sinagoga en el centro de Trípoli, ahora abandonada y derruida; las aldabas de las puertas en las casas de la ciudad antigua **4**, algunas con diseños alegóricos a la Mano de Fátima (símbolo turco de buena suerte), la Estrella de David y diseños geométricos musulmanes.

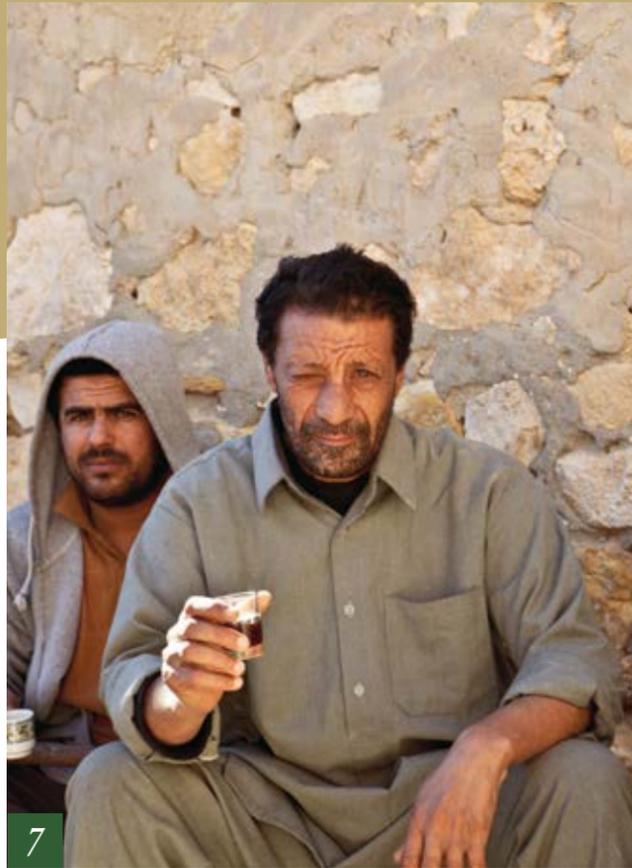
La ciudad antigua, oculta durante décadas, ha sido reconocida recientemente por la Unesco como patrimonio de la humanidad, pero aún no se ha hecho el menor trabajo de restauración. Durante el día todavía bulle con la agitación de comerciantes, pero por la noche se convierte en refugio de vendedores de droga y prostitutas. Pese a esto, muchos aún se resisten a abandonarla y luchan por verla renacer como centro cultural e histórico de Trípoli.

Los edificios que quizá ilustran mejor la antigüedad y particularidad de este tesoro nacional son sus mezquitas. La más conocida es la mezquita del Naga, ubicada justo al

frente de Sufi Zaouia, una especie de monasterio utilizado por místicos musulmanes para la contemplación y el estudio religioso. Algunos pilares de estos dos edificios –y de muchos otros en la ciudad antigua– fueron rescatados de las ruinas griegas y romanas hace cientos de años.

En medio del caos del mediodía, conocí a dos ancianos hermanos. Desde su juventud se han encargado de hacer el llamado a la oración, a la que asisten comerciantes, artesanos y habitantes de la ciudad antigua. Enfrentados a cada lado de la calle, uno se ocupa de la mezquita del Naga y el otro de Zaouia. **5** y **6**

A medida que la ciudad antigua se sigue cayendo a pedazos ante mis ojos, el régimen y sus amigos cercanos están ocupados construyendo su propia visión de la nueva Libia. En lugar de infraestructura básica, esta idea de progreso toma la forma de edificaciones modernas construidas en terrenos públicos, pero para beneficio privado. El hotel Rixos, donde un grupo de periodistas internacionales se encuentra confinado en una especie de arresto domiciliario, es un ejemplo. Al mirar las enormes grúas desde el otro lado del muro que separa las dos ciudades, no se experimenta una sensación de modernización, sino la certeza de que el régimen se apropia de lo que quiere para su conveniencia, y deja que lo demás se derrumbe y muera. “Libia nos pertenece. El resto de ustedes solo viven aquí. Estén agradecidos y en silencio”, parecen decir.



7



8



**AL SALIR DE TRÍPOLI, CON DIRECCIÓN A LAS** estribaciones de las montañas Atlas, se llega a la tierra del pueblo amazigh. En esta zona se han presentado algunos de los más violentos enfrentamientos durante la revolución.

Son territorios áridos, poco habitados, en los que se conservan algunos de los rasgos más antiguos del país. Junto a las viejas construcciones, abiertas en medio de las montañas, se levantan humildes casas, aparentemente más modernas, pero que no cuentan con ningún servicio público y en cuyos alrededores se revuelven la basura y el polvo.

El paisaje es hostil en estas zonas y las pocas tierras cultivables han sido ignoradas pues todo parece depender del petróleo. La riqueza del subsuelo libio ha empobrecido y secado la tierra.

En medio de un recorrido por las ciudades preárabes escondidas en la aridez de estos valles, mi primo y yo fuimos invitados por un grupo de pastores a tomar el té. El agua hervía a fuego lento sobre carbones ardientes mientras las cabras eran pastoreadas, por los caminos resacos, hacia los escasos manchones verdes que aún les permiten pastar. Una vez vertida en la olla, el azúcar no se mezcla, se deja ahí al fondo para que se caramelicé, hasta subir añadiendo un denso y oscuro sabor. El resultado: una perfecta taza de té libio. 7 y 8

Escenas como ésta se repitieron a lo largo de toda la región. La hospitalidad del Medio Oriente es legendaria y los habitantes de las montañas del oeste no son la excepción. Es difícil pasar por una casa sin ser invitado a almorzar o a tomar el té.

Unos ancianos sentados en la puerta de una casa nos invitaron a quedarnos todo el fin de semana para mostrarnos la región. Ante nuestra imposibilidad de quedarnos, uno de ellos nos ofreció a cambio un regalo de despedida. Metió la mano en su bolsillo y sacó una vieja moneda de un centavo, de los tiempos del rey Idris, durante la presencia británica anterior a Gadafi 9. El viejo no dijo nada al entregármela, simplemente sonrió. El significado del regalo era evidente.

En los 42 años del estrangulamiento que Gadafi ha impuesto al país, la gente ha aprendido que decir lo que piensas puede costarte la vida. Esta simple moneda, así como las bromas, siempre entre amigos y a puerta cerrada, son actos de desafío que reflejan una profunda determinación de resistir a un régimen que ha fallado en su empeño por destruir el espíritu colectivo de Libia.

Por eso no se pueden publicar las fotos de algunos de estos personajes: una forma de anonimato que preserva la seguridad y a la vez cede el protagonismo de una revolución sin nombres ni rostros a la totalidad del pueblo libio.



9

*Las antiguas ciudades de las montañas del oeste, hogar del pueblo amazigh, son testigo del nacimiento de Libia como país. A lo largo de tantos años, sobre esta tierra erosionada han quedado las huellas de un profundo arraigo regional, que contrasta con la diversidad cultural libia*

**LA NOCHE ANTERIOR A MI PARTIDA, SALÍ** a dar un último paseo. Mientras buscaba escenas para tomar fotos, cerca a la torre española **IO** que sirve de entrada a la ciudad antigua, un hombre de mediana edad que estaba fumando sentado en la banca de un parque me llamó para que me acercara.

“Tómame una foto”, me dijo. “Toma una foto del último libio”. Confundido, le pregunté qué quería decir con eso. Entonces me explicó que su familia había vivido en la ciudad antigua durante más de cuatrocientos años. También él nació y creció aquí, viajó a Inglaterra en su juventud, pero decidió volver a casa al finalizar sus estudios. Desde entonces lucha por permanecer en Libia y mantenerse a flote por encima de la línea de miseria. Mientras tanto Gadafi se gasta la riqueza de la nación en un esfuerzo por comprar la lealtad de líderes africanos y ha prometido en más de una ocasión reemplazar a la población libia con inmigrantes que realmente lo aprecien.

Ahora, mientras crecen las cifras de inmigrantes al mismo ritmo que el porcentaje de desempleo de los jóvenes libios, que ya sobrepasa el 25%; mientras las fuerzas armadas están diezmadas y en la absoluta pobreza, al tiempo que las brigadas dirigidas por los hijos de Gadafi —especializadas en aplastar cualquier atisbo de desacuerdo

entre el pueblo libio— engrosan sus filas con mercenarios extranjeros, muchos piensan que la amenaza se está implementando. “Nos hemos convertido en una especie en vía de extinción”, se quejó el hombre del parque. “Tómale una foto a un libio, al último, mientras puedas”.

Toda una vida en el exilio ha hecho que Libia sea para mí una especie de cuento de hadas. Al regresar allá volvió a mí un sentido de pertenencia que no imaginaba posible. Cuando estalló el levantamiento, vi todos los eventos con una mezcla de admiración ante la valentía de quienes enfrentaban francotiradores y tanques de guerra sin ninguna otra arma en las manos que una piedra o una botella, y también de aflicción ante su sufrimiento.

A pesar de las décadas de represión que transcurrieron, al regresar encontré vivo el espíritu libio. Éste es nuestro bien máspreciado, la verdadera chispa que encendió la revolución. Cuando la guerra al fin termine, debe ser también ese espíritu el que asiente las bases de la nueva Libia. Haberlo conservado intacto durante 42 años de régimen es nuestro mayor triunfo: la oportunidad de descubrir, al volver a casa, que ser libio “es más grande de lo que recordaba”. ●

— **IBN NASR (BENGASI, 1972)**. Fotógrafo aficionado, trabaja como representante de una firma comercial.

*Cada vez que trataba de  
tomar una foto espontánea  
me enfrentaba a lo que  
parecería un curioso  
rasgo de la personalidad  
libia: artesanos, ancianos,  
niños e incluso mis tías y  
primos no pueden actuar  
naturalmente ante la  
cámara. Quizá  
por timidez*

